

Bahiyyih Nakhjavani

La mujer que leía
demasiado

Traducción de Pepa Linares

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Woman Who Read Too Much*

Primera edición: 2011

Tercera edición: 2023

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuarez.com

Fotografía: © Soberta Murray / Arcangel Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Bahiyih Nakhjavani, 2007

© de la traducción: Pepa Linares, 2011

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011, 2023

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-099-4

Depósito legal: M. 26.310-2022

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Hay en el cementerio de la ciudad de Qazvin una lápida cuya talla representa la terrible escena del asesinato de un ulema orante a quien un enmascarado apuñala por la espalda. Detrás de él, medio oculta por una cortina, una mujer lo observa todo. Lleva en la mano una hoja de papel, la prueba acusatoria de que sabe leer¹.

Esta obra está dedicada a la memoria de una mujer persa del siglo xix que a pesar de aparecer en una lápida nunca mereció el honor de un epitafio. Es un tributo a Tahirih Qurratu'l-Ayn, cuya vida adelantada a su tiempo y cuyos años finales, transcurridos en una cárcel de Teherán desde 1847 hasta 1852, inspiran la narración. Pero es también un *memento mori* de varios hombres notables de la historia de Kayar: un monarca, un alguacil, un gran visir y el propio ulema asesinado, que yace aún bajo esa lápida. Recupera en sentido inverso una historia enterrada que abarca desde el asesinato del sha Nasiru'd-Din en 1896 hasta el primer atentado contra su vida en 1852. El lector interesado en separar la ficción de los hechos en el libro y en la lápida encontrará un marco histórico en el epílogo.

1. Tomado de *Veils & Words: Emerging Voices of Iranian Women Writer*, Syracuse University Press, 1992, por gentil concesión de Farzaneh Milani.

El libro de la madre

Herido de bala, el sha dio algunos pasos vacilantes por el templo antes de desplomarse en el regazo de una mendiga vieja. Iba en dirección a la tumba de su esposa y la mendiga se hallaba junto a la puerta, cerca del nicho que sirvió de escondite al asesino. Aunque la vieja nunca debió alejarse del rincón que le estaba destinado afuera, en el cementerio de la mezquita, no se juzgó conveniente dar importancia al hecho. Identificaron al asesino y le detuvieron, la ocasión y la localización quedaron fielmente registradas para la posteridad, pero, como cabía esperar, los libros de historia no mencionaron a la mujer. Se corrió un velo sobre los detalles más sórdidos de la muerte de Su Majestad. Más valía recordar aquel atentado fallido contra la vida del rey medio siglo antes que mostrar las verdaderas circunstancias de su asesinato.

La vieja, un personaje habitual entre las lavadoras de cadáveres, presumía de haberse codeado en su época con la realeza, circunstancia que los demás no creían, porque es sabido que las mujeres pecan más de imaginativas que de exactas, y aquélla en concreto tenía fama de mentirosa. Aun así, puede que hubiera algo de verdad en sus embustes, porque más tarde los miembros de la escolta admitieron que el rey, justo antes de desplomarse sobre ella, la miró como si la reconociera. Si se debió a una palabra o a un gesto de la vieja, nadie lo sabe, pues

ambas cosas fueron intrascendentes. No hizo más que alargar la palma de la mano para pedir limosna al rey, y desde el momento en que era imposible imaginar la menor relación entre el monarca y semejante criatura, su detención, dadas las circunstancias de la muerte real, habría provocado un escándalo. Se limitaron, pues, a patearle las costillas y dejarla marchar.

La vieja, como es natural, protestó su inocencia y juró sobre sus costras que no tenía la menor intención de importunar a Su Majestad en la hora de la muerte. Sólo pedía limosna por el amor de Dios, dijo.

La madre del sha nunca se había preocupado demasiado del amor de Dios antes del atentado contra la vida de su hijo. Lejos de considerarlo un peligro, lo había explotado, igual que hacía con el amor de los hombres. Temía, claro está, las conspiraciones y las conjuras, le espantaban las revoluciones y los regicidios y se mantenía en guardia contra pestes, hambrunas, sequías e indigestiones, pero si la Providencia había sido pocas veces una aliada natural en su vida, tampoco podía decirse que fuera una enemiga o una rival. Antes de la subida al trono del joven sha, la divinidad había brillado por su ausencia en la vida de Su Alteza.

No es de extrañar que estuviera convencida de que el príncipe debía sus títulos más al esfuerzo de la madre que a un accidente de la Providencia. Desde la más tierna infancia del heredero de la corona, ella había adoptado toda clase de precauciones para protegerlo de sus flaquezas. Llevó al niño enfermizo a los cosmógrafos, enseñó su orina a los médicos e intentó por todos los medios a su alcance apartarlo de una cierta afición a los gatos. Planificó sus matrimonios, manejó a sus concubinas y gobernó su política económica. A lo largo de la desdichada niñez del príncipe, llegó incluso a dominar el arte del envenenamiento para asegurarle la supervivencia política en la corte. Y cuando el hijo sucedió a su padre en el trono, ella ya daba por supuesto que el Rey

de Reyes, el Centro del Universo, había aprendido a distinguir la eficacia materna del amor de Dios.

Pero subestimó la amenaza de la piedad divina, pues, al poco tiempo de su coronación, el sha de Persia conoció de un modo brusco la arbitrariedad que caracteriza a las mercedes providenciales. Una mañana temprano del quinto verano de su reinado, un grupo de jóvenes le salió al paso cuando iba de caza. Pocas semanas antes, siguiendo la costumbre de la estación, la corte había abandonado la capital para plantar sus reales en las frescas colinas del norte de la ciudad. En el momento en que Su Majestad, de excelente humor, partía a caballo, una brisa agradable agitaba los gallardetes. Los palafreneros salieron en primer lugar para no incomodarle con el polvo que levantaban sus corceles. Los arqueros tribales le escoltaban a una distancia de respeto, de modo que no había nadie cerca cuando los frustrados asesinos le abordaron a las afueras de un huerto abandonado a varios *farsangs* del norte de la capital.

Los estudiantes gritaban sus demandas y reclamaban justicia; pretendían que Su Majestad se detuviera a escucharlos por amor de Dios, pero, en vez de mantener la distancia debida para solicitar un favor real, en un gesto de desesperación, se acercaron y rodearon al joven sha. Detuvieron su caballo encabritado entre espantosas invectivas y le gritaron a la cara sus absurdos ruegos. Luego, ante un sha estupefacto, tuvieron la impertinencia de vaciar una escopeta de postas contra su real persona.

Al no haber nadie cerca para verlo, los informes sobre el atentado contra la vida del sha fueron contradictorios. Unos dijeron que eran por lo menos seis los jóvenes que quisieron matar a Su Majestad; otros, que cuatro, y otros aún pensaron que, dado lo ínfimo del daño infligido, habría bastado con dos. Algunos creían

que los jóvenes actuaban por motivos políticos, pero otros los juzgaban fanáticos religiosos y reformistas mal aconsejados. Para unos era un intento de asesinato a sangre fría; para otros, un acto de locura producto de la desesperación. Hubo quien dijo que el tiro entró por el cuello del sha; quien aseguró que le rozó una pierna, y quien estaba dispuesto a jurar que le hirió en la mejilla. ¿O fue en el muslo? No faltaron rumores de que la herida era en la ingle. Nadie recordaba el contenido de las peticiones.

Los rumores ya se habían disparado antes del apresurado regreso del soberano a la capital. Los chambelanes que lo condujeron entre gritos a sus aposentos privados juraron que Su Majestad llegaba agonizante, aunque el físico francés observó con cierta suficiencia que las heridas no eran más que rasguños capaces de abatir una perdiz, pero insuficientes para justificar aquellos alaridos que helaban la sangre. Con todo, el puñado de perdigones que el frío hombre de ciencia retiró sin miramientos de la carne de Su Majestad aquella mañana, mientras el enfermo se retorció boca abajo en un canapé de seda, bastaban para llenar cualquier cabeza real de oscuros presagios. Informaron al rey de que sus poderes dependían de la Providencia, confirmaron sus temores de que la autocracia bien podía no extenderse más allá de la tumba y le recordaron que debía su propia existencia al amor de Dios.

Por el contrario, dejaron para siempre un rastro de odio en el corazón de su madre, que se vio obligada a quedarse al otro lado de la puerta de los aposentos privados del hijo, hirviendo de rabia, mientras el físico husmeaba aquí y pinchaba allá. Ante su indignación, el francés se había empeñado en que abandonara la cámara. Los ministros se arremolinaban, ansiosos por

reiterar lealtades a Su Majestad, pero si a ella le habían prohibido la entrada, no encontraba motivos para permitírsela a otros. Ya bastaba con que los chillidos de su hijo se oyeran a través de las puertas cerradas; ciertamente no le apetecía que lo vieran en semejantes condiciones.

El sha siempre había tendido al histrionismo. De niño, sus aires lánguidos atrajeron el interés de los diplomáticos británicos inclinados a la pederastia, y en la adolescencia un solo destello de sus ojos brillantes fue suficiente para sentarlo en rodillas imperiales y conseguirle la sortija de sello del zar. Una vez superado el acné y alcanzado el trono paterno, la pose se volvió definitivamente teatral, pero con el atentado contra su vida el melodrama dio paso a la farsa. La inestabilidad de su situación, no digamos su propia inseguridad, resultaban dolorosamente evidentes para la reina. «Acabarán coronándole rey de la histeria», pensaba con amargura.

Su Alteza Imperial sabía que la única alternativa posible era hacerse cargo de la situación. Tenía que salvar la reputación de su hijo antes de que éste perdiera todo crédito a los ojos del pueblo. Aunque era pronto para probar su valía política, el atentado fallido podía aprovecharse para demostrar su valor físico. Así, con el objetivo de tomar las riendas del poder, convirtió al sha en un héroe. Después de dar un portazo en la cara de los ministros, despidió a los chambelanes reales, azotó a los sirvientes para asegurarse su silencio y dio instrucciones estrictas a los cronistas cortesanos respecto a los anales de la historia. Informó a la corte de que Su Majestad había dado muerte a los asesinos sin ayuda de nadie tras defenderse de los asaltantes con solitario coraje y afrontar solo y con nobleza la cobarde traición a

su persona. Su hijo lo había superado, decía ella, como sólo supera esas cosas un auténtico rey, gracias a la intervención divina. Se había salvado milagrosamente de morir asesinado, por el amor de Dios.

Aunque fue el mejor empleo que la madre dio nunca a la divinidad, con el tiempo habría de arrepentirse del día en que se sirvió de la Providencia con fines políticos. No vivió para ver a su hijo desplomarse en el regazo de la lavadora de cadáveres, pero era su destino comprender antes de morir que el amor de Dios podía ser más peligroso para el sha de Persia que el amor de las mujeres.

Aunque no tenía inquietudes religiosas, la madre del sha siempre se incluyó entre los elegidos, sin que en esto tuvieran nada que ver ni la Gracia ni la Providencia. No podía decirse que hubiera sido hermosa ni en sus mejores años, pero estaba dotada de un impresionante par de ojos cuyo efecto, al margen de las intenciones divinas, ella misma se encargaba de intensificar con el kohol. La esposa del embajador británico, que presentó sus respetos en palacio poco después de la subida del sha al trono, recogió escrupulosamente en su diario que eran el rasgo más bello de Su Alteza, y los poetas de la corte, que se explayaban sobre sus dotes de versificadora, encomiaban en sus cantos el verdor de aquellos ojos y callaban sobre el resto. En efecto, la mandíbula era demasiado cuadrada; los pómulos, demasiado anchos, y los carrillos, demasiado gruesos, para merecer un elogio sincero, pero el velo favorece tanto como oculta, y los parásitos de la corte sentían una inclinación natural por sus encantos.

La esposa del embajador británico no era amiga de adulaciones. En su primer encuentro con la madre del sha se mostró a disgusto, «con un aspecto bilioso», pensó la reina, como si hubiera comido algo desagradable poco antes de entrar a palacio. Parecía azorada por la afectación de madame, la traductora francesa, que fue la encargada de recibirla en la antecámara de

los espejos y de escoltarla hasta el *anderoun* real donde aguardaba la reina para darle la bienvenida.

Aquel día Su Alteza no estaba de humor para visitas. El regreso del emisario británico, tras su licencia temporal durante el reinado del viejo sha, había coincidido con la propagación de varias insurrecciones en las provincias y la reina temía que el nuevo gran visir de su hijo aprovechara la ocasión para ampliar sus poderes. Francamente, le preocupaban más las medidas políticas del político contra los sectarios que el modo de recibir en la ciudad a la inglesa recién casada. A raíz de las órdenes del visir, se habían llevado a cabo purgas masivas por todo el país; eran muchos los arrestados y muchos más los perseguidos. Entre ellos destacaba una mujer. Nacida en Qazvin, educada en Kerbala y conocida por su arrojo y su elocuencia en Persia, Turquía y las provincias kurdas, la rebelde ya había dado muestras de representar una auténtica amenaza para la estabilidad del reino. Predicaba subversiones peligrosas y enseñaba nuevos modos de interpretar las leyes con un ideario que se propagaba a toda velocidad. Puesto que a ella le sobraba la popularidad que le faltaba al sha, las consecuencias de perseguirla calle por calle y casa por casa a lo largo y ancho del país eran seguramente más peligrosas que su propia causa.

La madre del sha temía y al mismo tiempo ansiaba su detención. Aquella mujer influyente era tan celebrada por sus poemas como maldecida por sus ideas. Se decía también que era hermosa y de una inteligencia apabullante. Con todo, lo más alarmante, si había que hacer caso a los rumores, eran sus dotes sobrenaturales para la adivinación. Descifraba secretos en los silencios y leía entre líneas deseos no confesados; descubría errores pasados en los actos presentes y predicaba acontecimientos

futuros. Algunos juraban que era bruja. Ya había demostrado sus formidables poderes escapando a todas las estrategias y eludiendo todas las trampas. Las tropas desplegadas en su búsqueda no habían podido ponerla a buen recaudo. Era escurridiza.

Aunque la madre del sha aprobaba los planes del gran visir para frenar la influencia de semejante mujer, recelaba de sus intenciones. ¿A qué venía tanto empeño en atraparla? ¿Por qué no la mataba sin más? Se decía que el político sospechaba de la participación de la mujer en una conjura recién descubierta contra su vida, pero ¿qué planes, qué maquinaciones podía urdir aquella mujer contra él? ¿Cómo era posible que conspirara para derrocar al nuevo visir sin que la propia reina se enterara? Su Alteza, afrentada por la posibilidad, temía la influencia de la poetisa en la corte y estaba decidida a mantenerla lejos de su hijo.

Cuando la inglesa traspasó la puerta, la reina la examinó de cerca. «Desde luego, ésta no representa un peligro –pensó–; no parece de las que causan problemas.» Era poquita cosa, una de esas criaturas que se sonrojan a la primera de cambio y no saben dónde poner las manos. «¿Por qué se sonrojarán las occidentales con tanta facilidad? –se preguntaba la madre del sha–. Estarían menos cohibidas –se dijo– si llevaran velo.» Tal vez ésta se sentía más vulnerable porque esperaba su primer hijo; al fin y al cabo acababa de casarse y de llegar al país. Tal vez se debía a su ignorancia de las costumbres persas; ¿por qué, si no, en vez de sentarse en el suelo como dicta el sentido común, se había plantado incómodamente en una silla, circunstancia que imponía otro tanto a la madre del sha y obligaba a permanecer de pie, tías como palos, a todas las princesas? Tal vez los consideraba unos bárbaros y desconfiaba de ellos,

pensaba amargamente, por culpa de los disturbios que, según se decía, afectaban incluso a los gineceos. Por su modo de observar a la nubia confidente de la reina, era probable que la inglesa no se fiara ni de las criadas. Claro que también la francesa podía ser culpable de su inquietud. La traducción es un negocio arriesgado, y sabido era que madame, con sus risitas y sus mohínes, había vendido algo más que flores por las calles de Lyon antes de casarse con un sastre persa y alcanzar el glorioso puesto de intérprete en el gineceo real.

La madre del sha obsequió a la inglesa con una sonrisa resplandeciente y se sentó con poco garbo en una silla que pese a la falta de uso en el *anderoun* no acertaba a ocultar la vejez y el deterioro. La joven invitada, que andaría por los veinte años, calculó la reina, parecía más la hija que la esposa del legado británico. Su Alteza disimulaba mejor la edad. Aunque en teoría era viuda, le gustaba parecer demasiado joven para ser madre y nunca ocultó que el anterior sha, a quien la habían destinado desde el nacimiento, jamás fue de su agrado.

El último rey estaba más interesado en su tubo digestivo que en las prerrogativas dinásticas y, por supuesto, más en la eliminación que en la insurrección. La relación de aquellos primos malcasados había resultado tan insatisfactoria para las dos partes que, al descubrir una de las infidelidades de su esposa, el rey se limitó a rogarle discreción para en adelante no verse obligado a refrenar sus placeres. La inclinación de la reina por las barbas y su especial debilidad por la pelusilla rizada que crecía en cierto mentón causaron el exilio del primer mayordomo de la alcoba real durante el reinado del viejo sha. Su posterior intimidad con el ministro de la guerra hizo caer en desgracia a este último. Como consecuencia, la reina tuvo que

soportar la ignominia de un acercamiento temporal al viejo sha, pero, si bien no enterró sus pasiones con el cuerpo del marido, las manifestaciones de dolor ante su tumba fueron tan genuinas como las de cualquier otra viuda. El nuevo gran visir de su hijo no era su tipo ideal de primer ministro, pero ciertamente la atraía. Estaba celosa e irritada por el hondo interés que demostraba por la poetisa. ¡Era un oprobio –se quejó ante el ministro aquel mismo día, poco antes de que anunciaran a la esposa del embajador–, una afrenta, que el nuevo dignatario desplegara el ejército de Su Majestad sólo para perseguir a una mujer que leía demasiado!

No obstante, ocultó su indignación a la esposa del embajador británico y, haciendo gala de hospitalidad, acogió a la dama en sus aposentos con una pompa considerable. La madre del sha, educada para este tipo de actuaciones, detestaba la moda del candor. ¿Cómo, si no, habría podido sobrevivir a la hipocresía de la corte o impresionar a los presuntuosos extranjeros? Era fácil mentir porque ellos interpretaban de un modo superficial las palabras, pero no tanto impresionarlos. Se daban un odioso aire de superioridad.

Cuando la esposa del embajador encontró su acomodo, entre frufús de enaguas y crujidos de asentamiento, Su Alteza dio una palmada con las manos pesadamente enjoyadas para convocar el desfile de comida destinado a la honorable invitada. A una señal suya, se corrieron las cortinas de las puertas y entraron en la sala dos jóvenes de mejillas frescas y tirabuzones rígidos portando unas fuentes abarrotadas de pasteles de almendra y frutas colocadas en hileras. Aquellas deliciosas damas, informó la reina, espantando las perezosas moscas del invierno, aquellas preciosas princesas,

gorjeó, ordenándoles que amontonaran las golosinas en el plato de su huésped, se encontraban entre las esposas favoritas del sha. Felices ellas, benditas entre todas las mujeres, exclamó, por la fortuna de vivir a la sombra del sha de Persia. Luego, disimuló un bostezo con la mano.

La esposa del embajador puso a prueba la capacidad traductora de la francesa con sus efusividades a propósito de la Majestad británica, cuyo cumpleaños se acababa de celebrar en la embajada y cuya potencia, a falta de pruebas tangibles que lo desmintieran, reinaba al parecer sobre las olas.

La madre del sha hizo chirriar los dientes. Si algo no le apetecía era hablar de cumpleaños; prefería ocultar los estragos del tiempo a comentar su paso, frustrada como estaba por la disminución de su propio poder y por las limitaciones de su sexo. Después de hacer lo imposible por garantizar la sucesión del hijo, sospechaba que el nuevo visir pretendía socavar su autoridad con el asunto de la poetisa de Qazvin. Las mujeres no eran las únicas que querían dar la vuelta a la tortilla, pensaba con resquemor mientras dedicaba otra sonrisa encandilada a su huésped.

En su momento fue una joven virgen, comentó frívolamente, y una novia; vio los privilegios de la hermana y la madre; conoció lo que significaba ser hija y esposa; pero la mayor aspiración en la vida de una mujer era sin duda llegar a ser reina, porque sólo la mano de una reina, repetía con amargura, sostiene las verdaderas riendas de una nación. Dadas las circunstancias, a causa de la presencia británica en las costas de Bushehr, habría sido inoportuno mencionar el mar, aparte del daño para la rima, aunque, oyendo a la florista lionesa chapotear en los bajíos de la traducción, Su Alteza Imperial pensó

que importaba un bledo que madame no lograra descender hasta las profundidades de la ironía, ya que la capacidad lingüística de su invitada no iba más allá del pareado, a pesar de que no hacía falta mucha sutileza para captar en la cuarteta el ripio burlón que ella había empleado en honor de la monarca inglesa.

La huésped alabó su talento literario con palabras elegantes, pero no las repitió, como cabía esperar, y en vez de insistir, como debía hacerse, cambió bruscamente de tema con una pregunta sin interés sobre el índice de alfabetización de las mujeres persas.

La reina manifestó su desconcierto. ¿Qué tenía que ver la alfabetización con la literatura?, preguntó a la traductora levantando una ceja en señal de disgusto.

La dama inglesa, explicó madame en persa, se interesaba por el número de mujeres que sabían leer y escribir en el país. La esposa del embajador británico, repitió con indiferencia francesa, deseaba que esas criaturas se vieran libres de la esclavitud de la ignorancia.

Su Alteza entrecerró los ojos. ¿Libres de la esclavitud? ¡Qué ignorancia! ¿Sugería aquella extranjera que las mujeres eran poco menos que esclavas? Con motivo de la última interferencia en la política nacional persa, que afectó mucho al comercio de esclavos en el puerto del golfo, la reina había hecho lo imposible para disuadir a su hijo de ratificar unos acuerdos que ella juzgaba no menos descabellados que las doctrinas de la famosa poetisa. ¿Apoyaba la inglesa las recomendaciones del nuevo visir? ¿Se había perdido algo en la traducción?

Madame aseguraba que no. Su traducción de un idioma a otro era impecable, aunque no podía responder de la comprensión de su interlocutora en francés, añadió con una sonrisa.

En vista de ello, la reina espantó el comentario junto con las moscas. Todas las princesas sabían leer y escribir, aseguró majestuosamente, agitando de nuevo la mano enojada para desechar el tema. Todas las mujeres distinguidas sabían cantar y tocar el salterio. A todas se les habían enseñado los rudimentos de la poesía y las normas básicas de la religión, pero la educación no garantizaba la inteligencia, y la poesía sin disciplina política carecía de sentido.

Mientras intervenía la traductora, la reina volvió a servir té a su invitada, reflexionando sobre la naturaleza de la disciplina política. Aunque la orden de las depuraciones no procedía de ella, estaba dispuesta a imponer lo que debía hacerse con las detenidas. Las mujeres eran cosa suya. La cárcel común de la ciudad, llena de gentuza de clase baja, no era lo más apropiado para una dama de renombre. Si por fin capturaban a la peligrosa poetisa, ella se ocuparía de que la mantuvieran en arresto domiciliario, en vez de llevarla a prisión. Puesto que procedía de una familia distinguida y había humillado a su parentela masculina, más valdría que no continuara provocándola. Ahora bien, ¿en qué casa arrestarla?, cavilaba la madre del sha. ¿Y a qué tipo de vigilancia someter a una mujer tan peligrosa? La reina prefería la custodia del ministro de la Guerra, que había sido su candidato a gran visir, convencida de que él obedecería sus deseos y seguiría al pie de la letra sus instrucciones con la esperanza de un futuro ascenso. La poesía no valía nada, se dijo tajantemente, sin disciplina política.

Debido a cierta paradoja de alcance internacional, la traducción al francés del concepto de disciplina política devolvió la conversación al tedioso argumento de la reina británica. La esposa del emisario le enseñó una foto de la soberana, sonrojándose de nuevo.